



Romanticismo y esclavitud a través de *El Baúl de Miss Florence*¹ de Ana Lydia Vega²

El Hadji Amadou Ndyoe

*Mañana zarpará el barco que me alejará para siempre de esta amarga tierra.
(El baúl de Miss Florence, p.58)*

¿Qué ha sido mi existencia sino un error sin brújula? (Id., p.63)

*“Al pasado nunca vamos, nos llevan los edificios, sus historias, sus materiales; diseños arquitectónicos y
hasta sus colores y olores.”*

(Frase leída en uno de los salones del fuerte de San Juan de Puerto Rico en septiembre de 2007)

El baúl de Miss Florence, subtítulo *Fragments para un novelón romántico*, se abre con un prólogo de su autora. Lo sigue otro elemento paratextual transcrito en un idioma que no es el español. Ello nos indica ya que la narradora de *El baúl* ejerce su derecho a cierta aljamía lingüística: “Slavery per se is not a sin. It is a social condition ordained from the beginning, by Divine Wisdom”. (Samuel Morse, *Letters and journals*, E.L.Morse 1914, id., p.4)

El personaje histórico a quien se acaba de citar se transforma en personaje novelesco bajo la pluma de Ana Lydia Vega. El punto de vista de Morse un hombre de ciencia³ que justifica la esclavitud apoyándose en las escrituras bíblicas que no cita, nos hunde en las entretelas de una época histórica en que el movimiento romántico partido de Europa en el siglo XIX tenía vigencia y sus representantes en América Latina pugnaban por dar carta de nobleza a unas nacionalidades nacientes o en vías de nacer: “¿Puertorriqueño? ¿Qué cosa significa ese novel epíteto cuyo sonido jamás captaron mis oídos mientras vivía en Arroyo?” (Id.)

La primera frase de *El baúl* nos hace pensar en el modo como suelen comenzar los folletines. Pese a que una fecha figura en la cita siguiente y nombres como Morse nos anclan en una realidad aparentemente histórica, la narradora de *El baúl* nos sume en una ficción desde las primeras líneas de su “novelón” con la figura de un personaje femenino lector de novelas y periódicos. ¿No son esas frases liminares anunciadoras de todas las tragedias, muertes, pesadumbres y angustias que van a vivir los personajes de *El baúl*?

El 8 de diciembre de 1885, Miss Florence Jane soltó el recién llegado ejemplar del New York Times como si le hubiera estado quemando las manos. Desde el terciopelo vino del sofá, el titular que había capturado su curiosidad de vida lectora de novelas seguía aún lacerándole la vista. EXTRAÑA DESAPARICIÓN EN ALTA MAR: lacónica frase que venía sin saberlo a epilogar la trama inconclusa de toda una vida. (Id., p.5.)

La vida a la que se refiere la narradora es la de Suzan Walker Lindt, hija de Samuel Morse, uno de los protagonistas de la obra. Suzan Walker (Miss Suzan), su marido Lindt, su hijo Charlie y su padre Samuel Morse son los personajes estelares de *El baúl*, en torno a los cuales giran los demás. La narradora-personaje y los demás actuantes están a su servicio. La sociedad colonial en que bañan todos está fuerte y netamente jerarquizada: “Un cochero negro con libra blanca-curiosa estética colonial no sin cierto encanto-me esperaba, según lo convenido, frente al almacén de Mr. Lindt.” (Id., p.6.)

En la cumbre de la organización social están no los criollos sino los extranjeros, americanos (Lind y su esposa), franceses y británicos (la narradora es británica). Los representantes de esta aristocracia poseen tierras, cañaverales, unidades de transformación de la caña y mano de obra barata. Quizás la figura señera de este grupo reducido sea Lindt, terrateniente, comerciante y traficante

de esclavos.⁴ La narradora enumera sus riquezas. Ella deja a América para irse a Puerto Rico y ocuparse de la educación del hijo de Lindt. Morse, el padre político de éste, no parece insensible a la riqueza de su hijo político. Cuando llega a Puerto Rico, le impresionan la extensión y las comodidades que encuentra en la casa de su hija. Los casamientos tienen lugar entre miembros de la misma categoría social y las diversiones son reveladoras del grado de refinamiento a que pueden llegar unos privilegiados económica y socialmente en un rincón del apartado trópico caribeño:

Desde las seis de la tarde, los coches de las principales familias hacendadas del litoral guayamés estaban alineados a todo lo largo de la vereda de entrada. Un grupo de selectísimos vecinos, entre los que abundaban franceses y británicos acechaba inquieta en los jardines la llegada de los homenajeados. (Id., p.37.)

¿Le (a Morse) habría disgustado la idea de que Miss Suzan se fuese a vivir tan lejos del mundo civilizado, en una isla sujeta, entre otros males, a terremotos y huracanes? Le habría traído entonces la necesaria consolación el saberla futura dueña de una hacienda, de más de mil cuerdas, un molino de viento, una máquina de vapor y ciento sesenta esclavos? (Id., p.35.)

Fascinado quedó (Morse) con todo y calores sofocantes, ante la visión de aquellos 1400 acres de blancas guanajas que se mecían al viento desde la montaña hasta el mar. (Id., p.47.)

El sitio donde alojan a Morse cuando deja a América y va a visitar a su hija en Puerto Rico presenta todos los visos del *locus amoenus* o del *locus opulentus* de los clásicos, como lo da a entender la exclamación

del personaje así como unas precisiones de la misma narradora. Los adjetivos “príncipesca” y “palaciega” dicen mucho sobre el lujo en que viven unos personajes cuyas moradas pueden recordar la época feudal:

‘Una estancia principesca’ fueron exactamente sus atónitas palabras al contemplar la grandiosa arquitectura de la que por algunos meses habría de ser su morada. (Id., p.47.)

Si la seca monotonía del paisaje me renovó la nostalgia de la campiña inglesa, no así los espléndidos terrenos de esta estancia palaciega. Todo en ella es lujo y ostentación. Jardines artísticamente diseñados exhiben exquisita profusión de flores exóticas. Frente a la mansión enorme de mampostería y madera con amplios balcones a vuelta redonda, una fuente perfumada derrama olores y colores sobre las cabezas finamente talladas de ninfas y delfines. (Id., p.7.)

A pesar de ser una empleada y de disponer de poco espacio, la narradora de *El baúl* parece gozar de una parcela del poder que dimana de la postura de sus patronos: “En esta reducida alcoba de la segunda planta, desde cuya inmensa ventana se divisan unos cielos espectacularmente crepusculares, me siento, en cierta medida, yo también dueña de ese imperio de cañas sembradas a pérdida de vista en el Caribe.” (Id., p.8.)

El lugar descrito con adjetivos tan halagüeños como los más arriba mencionados se llama *La Enriqueta*. Imagen de la prosperidad y el poder de la familia Lindt en la primera parte de *El baúl*, *La Enriqueta* presentará otra imagen después de la abolición de la esclavitud:

Con el techo hundido y las barandas desplomadas, mutilada su real escalera y

condenadas por enormes tablas sus puertas y ventanas, la mansión señorial de La Enriqueta yacía, pasada su agonía, contra el verdor de los árboles como un cuerpo sin alma. ¿Qué maldición diabólica había regado su veneno sobre el palacio glorioso de mi juventud? (Id., p.67.)

En *El baúl*, existe un “antes” y un “después” de la abolición de la esclavitud y esto se ve claramente en la obra, la conducta de los personajes, sus sentimientos y sobre todo a nivel de la estructura narrativa.

En los primeros capítulos de la obra, la narradora, Lindt y los miembros de su familia llevan una vida holgada. La narradora se identifica con los personajes a quienes llama “sus protectores” (Id., p.33), y éstos viven, no solamente en Puerto Rico, sino también de vez en cuando en América y otros sitios como Europa. Los aristócratas de la obra gozan del privilegio de viajar y dejar de vez en cuando el reducido espacio insular que es Puerto Rico. Los miembros de la aristocracia terrateniente viven en Puerto Rico sin sentirse de ahí. Culturalmente, pertenecen a otros lugares. En sus mentes parecen vivas nociones como el centro y la periferia:

Miss Suzan me informó que acaban de regresar de la casa de su señor padre-el célebre Samuel Morse-en Poughkeepsie, donde pasaron la mayor parte del verano. Es preciso, añadió con un deje de tristeza refugiarse en Locust Grove (como ha nombrado Mr. Morse a su residencia fija) para remediar el daño causado por los pulmones y la sangre por los rigores del trópico. (Id., p.7.)

Mi patrona lucía radiante: su amplia sonrisa delataba la alegría de partir al continente. (Id., p.23.)

Una afinidad geográfica no es ciertamente razón suficiente como para extender tan a la ligera un gentilicio. Y menos aún cuando los padres de uno se han comportado siempre como si La Enriqueta fuese el centro descolgado del universo eternamente ajeno. Mi crianza, bien lo sabemos, no hizo más que acentuar esa distancia. Los veranos en Poughkeepsie o en Europa o en las mansiones ancestrales de los Lindt y los Overmann en San Tomás, cumplían la función de recordarme cada año mi esencial extranjería, mi linaje tan desarraigado de una tierra cuyos frutos generosos alimentaban nuestra riqueza. (Id., p.62.)

Contrariamente a sus dueños, los esclavos no se pueden mover a su antojo de la isla y en la isla. Les están reservados una indeseada inmovilidad involuntaria así como unos oficios que no han cambiado entre la Edad Media en la península y el período en que pasa la ficción: cochero, cocinero, mayordomo, ama de casa, labrador de campo, etc. Pertenecen a los estratos más bajos del entramado social. Sus moradas son “el batey”, “los cuarteles”⁵ o algún lugar modesto de la residencia de los amos, si son mayordomos, cocineros o criados. Los sitios donde viven son precarios y cuando surge alguna catástrofe como un huracán, las muestras de su patética indefensión saltan a la vista:

Los negros habían sido encerrados con los animales bajo fuertes trancas, en los dos barracones mejor asegurados. Los dueños de viviendas más frágiles vinieron a refugiarse entre las sólidas paredes de La Enriqueta, por mucho la más resistente de la vecindad. (Id., p.40.)

Las líneas divisorias entre etnia y castas sociales están bien delineadas en la obra de ficción de Ana Lydia Vega. A Charlie, su hijo, y a Miss Florence, la maestra encargada de la educación de su heredero, Miss Suzan les

prohíbe que vayan más allá de unos límites simbolizados por palabras como “encrucijada”, “portón”, etc.; lugares que unen y separan a libres y siervos:

Obediente a los decretos de Miss Suzan, yo jamás había franqueado el seto de las enredaderas del jardín para tomar el sendero del “batey” como llama Charlie a la plazoleta de tierra donde se alzan las viviendas de los negros. En mis andadas, escogía siempre el camino contrario, el que conduce, a través de un bosque de altísimas palmas; hasta la orilla misma del mar. (Id., p.31.)

Anoche murió de hidropesía (por mascar tanto tabaco dijo Joseph) Carolina, la nana de Charlie. El chico corrió aturdido, a fundirse con Bela, en un abrazo. Miss Suzan no se atrevió a impedir su salida, a toda prisa, hacia los cuarteles. (Id., p.50-51.)

Estando yo cerca de los portones y a punto de enfrentar la indecisión de la encrucijada, me encontré con el mayoral, que volvía a todo galope de los campos. (Id., p.55.)

Los dos únicos personajes que se permiten entrar en el batey sin consecuencia son Charlie y René Fauchard. A Charlie le mueven los sentimientos. René Fauchard actúa por convicción ideológica. Es el único abolicionista de la obra:

Era poco más de las seis cuando, a instancias de René, tomamos el atajo que nos obligó a cruzar a todo lo largo de los cuarteles. Con el pretexto del cansancio, mi acompañante prefirió adentrarse en aquel lugar inhóspito y maloliente de cuya vida no conocía sino los ecos de voces y tambores que me llevaba el viento ciertas noches. (Id., p.31.)

A Charlie, como a René, no le castiga nadie por sus transgresiones. A quien se castiga es a Selenia, personaje femenino mulato que ofrece los encantos de su cuerpo a Lindt y queda embarazada. Cuando se entera, Miss Suzan reacciona con violencia. Como una fiera, parece defender su guarida. Despide a Selenia, quien sufre un destierro espacial. Ésta se aleja del paraíso de *La Enriqueta* para caer en el infierno del batey y los cuarteles:

¿Por qué esperaste tanto para decírmelo- increpaba, sin esperar la reacción de su interlocutor, para mí aún desconocido: -que se vaya ahora mismo. Que recoja sus trapos y se largue al cuartel de los negros de campo... Pero, Miss Suzan, ¿qué dirá Mr. Lindt cuando se entere? (Id., p. 39.)

Las fronteras entre personajes y grupos sociales distintos no son únicamente físicas, étnicas y espaciales. Son sociales, temporales y mentales también. Lo primero que llama la atención en *El baúl* es el modo cómo la narradora representa a los esclavos. Éstos están ausentes y presentes. El primero de quien habla la narradora es una silueta perfectamente anónima: “Un cochero negro... me esperaba frente al almacén de Mr. Lindt.” (Id., p.6.)

El segundo personaje negro es Bela, un ama de llaves en cuyo retrato se nota un adjetivo que lo acerca al reino animal: “Miss Suzan me condujo hasta la cocina, donde me fueron presentados uno a uno los criados. Se me recomendó especialmente a Bela, una negra sin edad con ojos dulcemente caninos.” (Id., p.8.)

Bela va a ser el único personaje negro de algún relieve en la obra de Ana Lydia Vega. A los demás, la narradora de *El baúl* suele aludir llamándolos “africanos”. Al hablar de los negros, la narradora suele usar palabras, comparaciones despectivas, cifra de prejuicios⁶ estereotipados, repetitivos, arquetípicos,

que permanecen en el subconsciente de varios blancos de Europa y América. Charlie Walker pronuncia mal el español porque sus “maestros” no declarados son africanos. Una virtud de Lindt sorprende a la narradora porque para ella, no debería de tener humor quien suele estar con bestias y africanos. Asociar a los negros con animales es una costumbre muy arraigada en la literatura occidental.⁷ La visión que la narradora de *El baúl* ofrece de los negros resulta ser etnocéntrica, y hasta a veces vejatoria:

Mi alumno parece ser una criatura bastante temperamental. Su víctima preferida es la pobre Bela que le demuestra más afecto que su propia madre. El chico ha aprendido el español casi prodigiosamente y su acento, insólitamente desclasado, delata el origen africano de su escuela. Es en esa lengua que responde, a modo de malacrianza, cuando intento capturar su atención para alguna enseñanza. (Id., p.8.)

Supuse que había adquirido ésa y quién sabe cuantas otras malas costumbres en el trato con los niños africanos que han sido sus compañeros de juego. No en balde Miss Suzan le tiene terminantemente prohibido la frecuentación de los cuarteles de negros. (Id., p.10.)

El discurso de la narradora sobre los personajes de origen africano presenta a éstos como la parábola del primitivismo salvaje, la barbarie y contribuye indirectamente, por cierto, en mantenerlos en cierta marginalidad, sinónimo de rechazo y de hostilidad, quizás. Refiriéndose a Lindt, la narradora escribe: “De excelentes antecedentes-santomeño de pura cepa danesa-exhibe una conversación variada y un agudo sentido del humor asombroso en alguien acostumbrado mayormente a la compañía de bestias y africanos.” (Id, p.13-14.)

Los blancos, hasta cuando no hay motivo, parecen tenerles miedo a los negros. La narradora obligada por unas circunstancias apretadas a montar a caballo con Joseph, el mayordomo, experimenta unas reacciones emocionales que rechaza su propia razón. Entidades imaginarias surgidas probablemente de un pasado remoto e inconsciente la hacen desconfiar instintivamente de quien le presta una ayuda desinteresada. Lo que su cuerpo acepta, su espíritu lo niega. Como si la “manchara” el tocar a alguien de color oscuro:

Sólo la desesperación que me invadió al saberlo (a Charlie) tan lejano pudo haberme inducido a aceptar la audaz invitación. Sin ponderar mi impulsiva acción, tomé la mano tan gentilmente ofrecida y monté junto a él (Joseph) sobre aquel lomo sudado.

Durante esa carrera insensata por entre la selva de altísimas palmas, sentí cómo volaban mis faldas y se soltaban mis cabellos en la locura del viento. Y sin embargo, me estimaba segura. Las venas de los brazos de Joseph se contraían con el esfuerzo que exigía sostenerme derecha. Mi fantasía desbordada me hacía cerrar los ojos, cambiar el nombre del jinete, el color de las manos que apretaban mi cintura. (Id., p.55-56.)

De primera intención, Miss Florence tuvo miedo de aquel rostro oscuro que se inclinaba solícito sobre el suyo. (Id., p.68.)

La opinión que los hacendados tienen de los negros y mulatos es generalmente negativa en *El baúl*. Las preguntas que vamos a leer parecen simplemente retóricas. Se refieren a la mulata Selenia, poco apreciada por la narradora: “¿Cómo es posible tanta belleza y tan poca compasión en una misma cara. ¿Será cierto como dice Lindt que esta raza híbrida de las islas ha nacido sin alma?” (Id.)

En tal contexto se entiende que un casamiento entre un blanco y una negra o entre una negra o mulata con un blanco sea imposible o imposibilitado. Lindt va a ser padre de Andrés, hijo de Selenia. Otro hacendado, Don Jacinto Coro, va a engendrar a una mulata. Cuando Charlie, hijo de Lindt, se quiera casar con Brunilda, su padre va a poner el grito en el cielo y oponerse a la boda:

Así fue como conoció a Brunilda, la hija que había tenido Don Jacinto Coro con una criada. La muchacha era clara, más clara que Selenia, se recuerda, Miss Florence, y tenía la piel de aceituna, como una misma gitana...Lo único que dejaba ver su cuna humilde eran los cabellos; que eran como los míos y los llevaba recogidos en un moño apretado que le favorecía mucho la cara. (Id., p.71.)

Mr. Lindt no veía con buenos ojos las pretensiones de su hijo: no era lo mismo llevar amores a escondidas con las negras que quererse con una mulata. ¡Ay! hija mía, de tal palo. Tan diferentes en los pareceres y tan igualitos en los placeres... (Id., p.72.)

Ni el luto guardó (Mr. Lindt). No habían pasado seis meses desde la muerte de Charlie cuando se trajo una negra a vivir en la casa...(Id., p.7)

A quien esté extrañado por la conducta de hacendados como Lindt o Don Jacinto Coro, la narradora de *El baúl* ayuda a entender cuando pone en boca del alumno Charlie una crítica dirigida a su maestra. Una cosa es predicar, otra ajustar las conductas a las ideas proclamadas. *El baúl* es una curiosa obra que indica y esconde al mismo tiempo las claves de sus múltiples lecturas posibles: “Me sacó (Charlie) en cara mis supuestos ‘prejuicios’, mi ‘doble moral’, mis ‘actitudes de espía asalariada’”. (Id., p.53.)

Por medio de un detalle cromático (los ojos verdes de Lindt), nos enteramos de la realidad del mestizaje en esa sociedad esclavista de *El baúl*, aunque los personajes que insisten sobre la inferioridad intrínseca de negros y mulatos y se oponen a enlaces matrimoniales mixtos sean los que se sienten atraídos por las hembras de otras etnias. La narradora calla el nombre del padre de Andrés pero una metonimia- el color de los ojos de éste- indica clara – ¿e irónicamente?- el origen biológico del personaje. En una estampa familiar a los africanos acostumbrados a ver a niños atados a las espaldas de sus madres, abuelas, hermanas o tías, destaca la imagen de una Selenia que no es santa de la devoción de la narradora. El hijo de Selenia trae a la memoria de la narradora muchos recuerdos:

A pesar de sus penetrantes ojos verdes, Edward Lindt no es precisamente lo que se llama un hombre hermoso. (Id., p.13.)
Sus ojos verdes (de Lindt) interrogaron los míos con una absoluta frialdad. (Id., p.55.)

Era Selenia, la exiliada del Jardín del Edén, quien nada había perdido de su belleza y arrogancia. Apretado contra su espalda, por obra y gracia de una tela curiosamente anudada, un niño bastante pequeño, de tez más clara que ella, se retorció inquieto.

Nos topamos de frente e inevitablemente, nos miramos. No podía ser de otra manera. Pero ninguna se dio por aludida y violentando los más elementales principios de cortesía, ambas seguimos adelante con la altiva indiferencia de dos marquesas. El niño se volteó para mirarme. La franca curiosidad que destilaban sus ojos verdísimos me arrancó, casi a mi pesar, una leve sonrisa. (Id., p.49.)

De pronto, Andrés alzó los ojos para seguir con curiosidad el vuelo errático de una gaviota. La luz esplendorosa de la mañana isleña encendió, sobre el fondo moreno de la piel, la belleza pasmosa de su mirada. Una revelación inesperada, ciegamente intuida y sofocada, me asaltó con la artera velocidad de un pájaro de presa. Esas pupilas verdes, poderosas, tan insólitamente desplazadas, ¿qué tatuaje indeleble conjuraban en mi alma? (Id., p.80.)

Bela va a cometer una mentira piadosa al afirmar que Andrés es su nieto. Ese personaje femenino está visto con bastante simpatía por la narradora quien le presta sentimientos nobles como el cariño, la fidelidad, etc. Es ama de llaves de Lindt y Miss Suzan. Disponemos de pocos detalles sobre su cuerpo, pero su papel resulta importante. Ella está cerca del mundo de los dueños y está excluida al mismo tiempo de éste. Su conocimiento de las plantas, su entrega, le permiten sustituir a un doctor ausente. La narradora hace de ella un retrato bastante clásico al asociarla al arte de la curandería. Ella goza de dotes terapéuticas y milagreras, si nos fijamos en lo que leemos:

...sólo los sebos, los guarapillos y las santiguadas de Bela traían algún alivio a mi cuerpo estremecido por la calentura. Mr. Lindt convocó de urgencia el Doctor Tracy, quien, pese a su veteranía, se declaró incompetente para lidiar con males tropicales. El Doctor Fouchard estaba de viaje. La ciencia tuvo pues que ceder el terreno a los secretos de la curandería. (Id., p.25.)

La eficacia de los caldos de gallina recetados por la sabia Bela pronto quedó evidenciada. (Id., p.27.)

Es a una Bela asustada a quien le toca informarle al señor Lindt que se han fugado unos esclavos decididos a sacudir sus hierros. Ella y Joseph, el mayordomo, no parecen aprobar la conducta de sus hermanos de condición que escogieron las zozobras, ensoñaciones, conquistas y tragedias de esa utopía que se llamaba la libertad en el Caribe del siglo XIX:

Vi que ella (Bela) se persignaba tres veces antes de hacer entrar al pobre hombre enchumbado (el mayordomo Joseph). Acto seguido, ambos intentaron depositar sobre mis hombros la ingrata responsabilidad de anunciarle al amo la fuga de una partida de siete esclavos.

Joseph tuvo que despachar dos bandos hacia las rutas más probables: la costa guayamesa de Jobos y los empinados cerros arroyanos.⁸ (Id., p.24.)

Le incumbirá también a Bela anunciar la “liberación” de los esclavos. Ella situará la fecha de ésta⁹ respecto a la biografía de Samuel Morse. Éste también tiene una relación doble con el tema de la esclavitud. Es esclavista declarado y sabe algo de los estragos de la Guerra de Secesión que asoló a la América del Norte:

“...Pues así es. Ya se había muerto Mr. Morse, que en paz descanse, cuando de allí, de España, nos llegó la libertad. (Id., p.70.) y “Charlie (a Miss Florence)... Hasta Mrs. Goodrich, su cuñada (de Mr. Lindt), está aquí -con todo el clan sureño- para ahorrarse ‘los horrores de la Reconstrucción’ tras la Guerra Civil que por poco los deja en la calle.” (Id., p.60.)

En Bela se personifica quizás la representación típica de la esclava enajenada a quien le cuesta atreverse a creer que es libre y a serlo. Notamos una irónica inversión

aquí. Mientras su amo, Charlie, se alegra por la abolición legal de la esclavitud, ella no consigue “liberarse” interiormente, pese a la emoción que experimenta:

¡Hubiera estado vd en La Enriqueta!... Los jaches prendían todo eso como si hubiese sido mediodía en punto y los tambores repicaron la bomba brava hasta el amanecer. Miss Suzan y Mister Charlie, que ya había vuelto el pobrecito de fuera, miraban sentados en el balcón. ¡El se veía contento hasta me sacó de la cocina para hacerme bajar al batey y me hacía desde lejos que bailara, que me sacudiera, que me quitara de encima los grilletes del alma. Mr. Lindt se había acostado temprano. Con una cara... Las cosas no le andaban bien, cuestiones de dinero, vd sabe. (Id., p.70.)

Quizás la función más importante y “original” de Bela en *El baúl* sea la de narradora. Ello tiene lugar en la segunda parte de la obra:

Yo escuchaba, recostada, con los ojos entrecerrados y la conciencia poblada de espectros, el relato sombrío de los últimos días de la señora (Miss Suzan). Las imágenes de mi fantasía se entremezclaban con las que iba esculpiendo Bela a cincelazos de recuerdos. Con su perfil demacrado de huérfana y su velo rasgado de viuda. Miss Suzan resurgía sola de sus cenizas. (Id., p.79.)

Los adjetivos en género femenino (“huérfana” y “viuda”) de la narradora nos hacen pensar en el poema de Gérard de Nerval¹⁰. Y nos recuerdan que *El baúl* es un texto que dice su romanticismo. Es romántico si pensamos en el modo cómo está construido y si nos fijamos en el título de algunos capítulos de la obra:

Musa, Fiebre, Confidencias, Regreso, Huracán, Adieu. Detrás de esos títulos, se perfilan ideas como la importancia de la inspiración (*Musa*), el papel del “yo” (*Confidencias*), la fuerza de la naturaleza (*Huracán*), los viajes (*Regreso*), los encuentros, desencuentros y separaciones (*Adieu*).

El uso de metáforas y la elección de ciertos sentimientos hacen de *El baúl* un texto poético y romántico. La imagen del exilio hermana a dos rivales separadas por la clase social y el color de la piel: Miss Suzan y Selenia. Una parece haber escogido un exilio que le duele y otra un exilio que no puede evitar por su condición de esclava y de mulata. Sufren ambos personajes femeninos:

Al llegar a la encrucijada de la calle Isabel Segunda con la carretera que conduce a Guayama, reconocí una silueta inconfundible, erguida y elegante a pesar de su facha, bajo el cesto de frutas que llevaba en perfecto equilibrio sobre la cabeza. Era Selenia, la exiliada del Jardín del Edén, quien nada había perdido de su belleza y arrogancia. (Id., p.49.)

Ha abandonado la modernidad, el furor ciudadano, el fermento intelectual de su crianza para consumirse, como el sinsonte que le regaló su esposo el día de la boda, en el letargo perpetuo de una jaula dorada. (Id., p.21.)

De la metáfora de la jaula, la narradora de *El baúl* saca efectos que acerca a varios personajes (Charlie, Miss Suzan, Miss Florence). La imagen expresa las frustraciones, el malestar de personajes a quienes no faltan aparentemente bienes materiales. Para demostrarle a su maestra (otra inversión) que es prisionero, Charlie encierra a ésta (Id., Capítulo *Secuestro*, p.22). Más tarde, le dirá con un acertado juego de palabras en una carta que ella era una prisionera que aprisionaba a

otros involuntariamente y sin saberlo. La narradora va a comparar su suerte con la de su dueña, quien lleva un estilo de vida no conforme con sus aspiraciones. Ignora, sin embargo, que robó el corazón de su alumno:

¡Qué absurda me parecía la existencia que el destino le ha deparado a mi patrona! ¡Cuán justificado su mal de vivre, su indiferente entrega al tedio cotidiano! (Id., p.21.)

...Yo también me hallo presa por voluntad propia pero la pérdida de mi libertad obedece a causas mucho menos sublimes. (Id., p.21.)

Súbitamente, sentí que la puerta se cerraba, confinándome al reducidísimo espacio entre los cuatro muros macizos. El calor era sofocante: las pequeñas aperturas que hacían las veces de ventanas apenas dejaban circular el aire. (Id., p.22.)

Por fin, en una voz muy baja que no podía ocultar la emoción, dijo:

-Perdóneme, Miss Florence: sólo quería hacerle comprender lo que es la vida para un prisionero. (Id., p.23.)

(Charlie)... no sabría decir a quién me costaba más abandonar, si a la princesa cautiva de Arroyo o a la cautivadora de príncipes de La Enriqueta. (Id., p.59.)

Para el abolicionista René Fouchard, el sistema esclavista hace del Puerto Rico del siglo XIX una inmensa prisión. Pero de ello no son conscientes todos los personajes: parecen premonitorias las poéticas palabras del abolicionista que vaticinan el final de un sistema injusto:

Los negros habían sido encerrados con los animales, bajo fuertes trancas, en los dos barracones mejor asegurados. (Id., p.40.)

Mi querida amiga: si tengo algún consejo que ofrecerle es que se salve, que abandone vd esa cárcel lujosa y placentera construida sobre los huesos de tantos seres. De lo contrario, la resplandeciente falsedad de ese mundo podrido minará su espíritu y su voluntad hasta convertirlos en bagazo de molienda. (Id., p. 46.)

Más arriba, Charlie había hablado de los “príncipes” de La Enriqueta. ¿Quiénes pueden ser dichos “príncipes”? Entre éstos figura Mr. Charlie, pero también su padre, Lindt, de manera más solapada. *El baúl* es, por cierto, una obra romántica por el modo como está tratado el tema del amor. Los textos románticos nos habían acostumbrado a un triángulo amoroso. La narradora de *El baúl* se divierte multiplicando dichos triángulos amorosos (Lindt-Miss Suzan-Miss Florence; Lindt-Miss Suzan-Selenia; Lind-Mister Charlie-Carolina; Miss Florence-Lindt-Charlie). Esos amores resultan tanto más emocionantes cuanto que son callados, desgarradores. Miss Florence no le dirá nunca a Lindt lo que experimenta por él. Ni lo sospecha éste. Charlie ignora lo que su maestra siente por él, y él, sólo confesará lo que siente por Miss Florence a distancia, por medio de una carta. Oposiciones, quiasmas revelan las tormentas de Miss Florence, cuando el personaje por quien ella se desmaya está a mil leguas de imaginar lo que pasa en el corazón de quien despierta su interés:

El romance de Charlie y Carmelina me ha reducido al triste papel de una rival proscrita y sin derechos. (Id., p.54.)

Reciba el cariño imperecedero, aunque incorrespondido, de su siempre fiel Ch.W.L. (Id., p.63)

Bela se une junto al catre donde Miss Florence, en una calentura que no cede ni a yerbajes ni a ungüentos, habla entre dientes de sus amores muertos. (Id., p.77.)

Entre las risas y los aplausos, observé que el señor me miraba con insistencia y que Miss Suzan no le separaba los ojos de la cara. (Id., p.44.)

¿Quién es ese ser contradictorio y evasivo, este hombre impredecible que a la vez atrae y repele? Por más que lo intento, no logro juntar los retazos conocidos de su vida para obtener el fiel retrato. Su distancia puede ser glacial, su contacto abrasar como el fuego. Si me acerco, se aleja; si lo evito, me busca. Sólo en esos momentos fugitivos, tan temidos como añorados, borrosos ya en la luz oblicua de mi memoria, cobra más realidad su llama ardiente, existe su violencia junto a mi miedo. (Id., p.41.)

Las antítesis que acabamos de leer, la fuerza y la ambigüedad de los sentimientos vislumbrados, confesados y encubiertos al mismo tiempo, nos indican que estamos en los dédalos de amores románticos. *El baúl* pone a la disposición de su lector expresiones, motivos, puestos de moda por escritores como Goethe (se puede pensar en el tema del suicidio), Chateaubriand, etc. La narradora es conciente de lo que debe a los homólogos que la precedieron en el camino de la creación literaria:

(Charlie): Es muy sencillo: a nadie le he contado ni le contaré mis cuitas de Werther. ¿...Será el primer amor el único o, por lo menos, el más memorable? (Id., p.59.)

En cuanto a aquel oscuro y melancólico capítulo de mi vida, sólo un dato me queda por añadir, el que pinta de rojo este predecible cuento de hadas: la muerte de Carmelina unos meses después de mi partida y por su propia mano. (Id., p.60.)

De lo que se dijeron, nadie fue testigo. Como se ofendieron, nadie lo sabe. Sólo que, sin mirar atrás y con la rapidez de un celaje, abandonó para siempre mi amado Charlie su jardín encantado; que subió a la habitación, pálido y afligido; que el padre furioso se dejó caer sobre el banco de mármol con la cabeza entre las manos, y que no volvió a levantarla hasta que el tiro de escopeta que se llevó la vida de su único hijo le arrancó, sin tocarlo, el resto de la suya. (Id., p.73)

Al lector de *El baúl* le puede sorprender la presencia repetida e insólita de varias voces no españolas. La atracción que ejerce Francia sobre la narradora de la obra es obvia. Para darnos a entender que su texto es romántico, la narradora usa directamente en francés palabras que encierran conceptos caros a los románticos galos como el aburrimiento, la melancolía, esa enfermedad del alma, la pasión o las pasiones, la organización de la sociedad con unos prejuicios que se oponen al acercamiento de los, que se aman...etc. La narradora de *El baúl* es profesora de francés y le encanta expresarse en el idioma de Voltaire. Parte de la obra tiene a París como escenario:

¡Cuán absurda me parecía entonces la existencia que el destino le había deparado a mi patrona ¡Cuán justificado su mal de vivre, su indiferente entrega al tedio cotidiano!. (Id., p.21.)

(Charlie):..Pero no todo es tan trágico como supone mi relato, un tanto contaminado por el esprit romantique de esta bendita tierra. Hay también cosas muy divertidas...(Id., p.61.)

“Monsieur”, repliqué, tendiéndole una mano que se apresuró a besar, el destino no se cansa de darme sorpresas. (Id., p.81.)

Queda poco más de un año para que termine mi estadía en La Enriqueta, justificada ya sólo por las lecciones de francés, única materia que parece ahora interesar a mi alumno. (Id., p.43.)

En *El baúl*, se notan nombres famosos de la cultura francesa: George Sand¹¹, Gustave Courbet¹², etc. Uno de los personajes se llama Rene; ¿No recuerda el nombre del personaje el de Chateaubriand? El vigor de la influencia cultural francesa en el mundo en el siglo XIX se vislumbra a través de las elecciones gastronómicas de los representantes más altos de la sociedad descrita en *El baúl*:

Ha llegado Miss Suzan. Ha tenido la delicadeza de traerme – a pesar de diferir notablemente de mis predilecciones literarias– dos novelas de George Sand . (Id., p.33.)

(Charlie...) Pienso, pues, permanecer en la rue du Roi-de-Rome...y conseguir una colocación como aprendiz en el atelier de algún pintor de nombre (Monsieur Courbet, quizás, soy pretencioso).

...Ahora mismo, me hospedo en el departamento de once piezas que acaba de alquilar Mr. Samuel Morse (a un paso del Bois de Boulogne y no muy lejos del Champ de Mars) para disfrutar, en compañía de su esposa, hijos y parientes advenedizos, de la Gran Exposición Internacional, himno a la gloria técnica y científica del Segundo Imperio). (Id., p.60.)

Tras el deleite inusitado del postre- omelette norvégienne muy bien cuajada y flambée-Mr. Lindt destapó duchamente una botella del mejor champagne y levantó su copa

para brindar nada más y nada menos que a la felicidad. (Id., p.57.)

Con más maña que paciencia, he logrado interesarlo (a Charlie) en la lectura gracias a dos magníficos textos de Walter Scott¹³. (Id., p.9.)

Pese a tantas referencias abiertas a la literatura romántica, sus obras y sus representantes, la narradora de *El baúl* ha sabido ver por encima y más allá del romanticismo. Parece distanciarse de la técnicas de esa corriente al sustituir por ejemplo las frases exclamativas habitualmente tan abundantes en la literatura romántica por preguntas que le llevan al lector a reflexionar. La narradora deja fluir sus sentimientos pero es ansiosa. Se burla a veces de sí misma y de los demás. No todo es tristeza en *El baúl* como lo decía más arriba el mismo Charlie. El vehículo de la ansiedad puede dejar sitio al humorismo, aunque parezca haber un hiato entre las situaciones evocadas y las palabras que las transmiten. El modo cómo Charlie presenta el embarazo de Selenia puede sorprendernos: “Sepa vd, aunque prefiera no saberlo, que Selenia tiene la barriga hinchada y no precisamente de aire.” (Id., p.40.)

La narradora mezcla registros, géneros y voces narrativas en su texto. *El baúl* está cuidadosamente compuesto. Se apoya en recuerdos. Por ello, en él dominan las analepsis:

“Con un pañuelo de hilo tapando firmemente su nariz sonrojada, se atrevió a perturbar, por primera vez en casi veinte años, la paz apretada de los souvenirs, clasificados por fechas y lugares.” (Id., p.5-6.)

Actúan en *El baúl* cuatro narradores: Miss Florence, directamente, en primera persona; luego a través de su diario personal; Mr. Charlie Walker, con sus cartas; y Bela, aunque la frase siguiente: “de nuevo ha vuelto a

ser la Musa pensativa y bella del cuadro en que una vez posó para su padre”, hace pensar en el capítulo *Musa* de la primera parte. Asimismo, la oración “Como se cuentan las noches eternas de la fiebre”, parece tener una relación evidente con el capítulo *Fiebre* de la primera parte del relato (p.25-27). La inspiración (*Musa*) como las fiebres (¿de los sentidos?) ocupan un lugar destacado en las tópicos románticos. En el centro de la primera parte de *El baúl* se sitúa el capítulo titulado *Confidencias* en que René le hace ver a la narradora algo esencial que ella no quiere ver, aunque lo siente:

Entreabrí los labios para expresar mi deseo de regresar pero volví a apartarlos, al ver que Rene había girado sobre sus talones y observaba atento el cerco de cañaverales que rodeaba el batey. Como en respuesta a su mirada, un largo cortejo de hombres y mujeres harapientos cuyos pies descalzos manchados de fango, tropezaban unos con otros, en la torpeza de la fatiga, comenzó a desfilar lentamente hacia nosotros. Mi corazón se puso a latir con una violencia inusitada. Alcé el rostro hacia mi acompañante, una airada interrogación en los ojos.

-Mira, mira bien, Florence- dijo, inclinando la cabeza, para rozar casi mi oreja -éstos son los que sazonan nuestro café. (Id., p.23.)

¿Conservar o suprimir la esclavitud? Esta pregunta está agitada en medio de la primera parte de *El baúl*. Estaba también en la mente de las sociedades esclavistas del Sur y del Norte de América, aunque no siempre se abordaba el tema de frente. Unos lo veían como un problema moral, otros como uno, religioso, cuando era político antes que todo:

¿Será el Doctor Fouchard uno de esos jóvenes idealistas que piden la libertad de los negros? Sus oscuros orígenes, sus

intrigantes idas y venidas, su vibrante denuncia de la esclavitud, todo quiere apuntar hacia esa conclusión perturbadora. Y si mis temores son infundados, ¿por qué arriesga nuestra amistad con un comportamiento que amenaza no sólo mi posición sino la de mis protectores ? (Id., p. 31.)

La libertad adquirida por los esclavos de Santo Domingo estaba sin embargo en todos los espíritus de los hacendados de la época:¹⁴

Entre copas y entremeses, la conversación giró en torno a los ya remotos sucesos de Santo Domingo -ahora Haití- y los no tan remotos de las Antillas Francesas. Los hacendados presentes no disimulaban la inquietud que les causaba la posibilidad de un levantamiento africano, amenaza que los comerciantes preferían minimizar.¹⁵ (Id., p.19.)

De la esclavitud se habla sobre todo en la primera parte de *El baúl*, donde Bela tiene poca presencia locutora. En la segunda parte, ya está abolida jurídicamente la infame institución, y simbólicamente, a Bela le concede la narradora una parcela de poder narrativo. Le incumbe referir las circunstancias en que pasó la “liberación” de los que siguen viviendo en el mismo lugar, el batey, pese a su nuevo estatuto. La narradora concede parte de sus prerrogativas a Bela, quien interviene como narradora hipodiegética. Está aún vigente la jerarquía, hasta en las instancias narrativas. Charles Walker y Miss Florence son a la vez narradores y narrarios. Charles Walker confiesa buena parte de sus sentimientos tapados en la primera parte de *El baúl* en la segunda. A Bela le toca el papel de re-narradora, la narradora principal –Miss Florence– siendo la que controla todas las otras instancias narrativas:

¿Lo sabe usted, señorita, que ahora somos gente libre?- anunció ella con orgullo y, al obtener mi asentimiento, prosiguió ya sin mis interrogaciones. (Id., p.70.)

Cuando logré reunir las escasas fuerzas que me restaban para musitar algunas palabras confusas e incoherentes, pude al fin conocer el trágico fin de mi desgraciado alumno. Cinco años habían transcurrido ya desde aquella noche fatal, pero Bela recordaba la fecha y la hora exactas. (Id., p.73.)

La jerarquía de la sociedad esclavista se materializa en filigrana en *El baúl* en la plasmación estructural de la obra y el modo cómo la narradora principal reparte sus espacios narrativos. La apocada Bela de la primera parte se ha transformado en un ser que toma iniciativas y da órdenes en la segunda. ¿Significa la toma de palabra de Bela que los esclavos han adquirido algún poder? Al morir Lindt, la antigua esclava se ocupa de todo lo que concierne el funeral, como si dispusiera de un nuevo poder social y casi “familiar”. ¿Guiño de ojo de la narradora que quiere decir que algo ha cambiado entre los antiguos dueños y los nuevos “libertos”?:

De los detalles del sepelio, Bela misma había tenido que encargarse, mandar a hacer la caja de cedro, remendar la levita desgastada, avisarles a vecinos y allegados, fijar con el sacristán la hora de la misa mortuoria...Sin pompa ni circunstancia, habían bajado su cuerpo a la tierra y la oscuridad a su alma. (Id., p.79.)

La lectura de *El baúl* le puede arrancar reflexiones al lector. ¿Qué decir del título *El baúl*? Admite posiblemente varias acepciones. ¿Cuál será el contenido del baúl? Unos manuscritos escritos años antes por la narradora de la obra. Uno puede pensar en Cervantes. Pero aquí no hay diferencia entre la autora de los

manuscritos y la de la obra. La autora de ésta la subtitula “novelón”. ¿Corresponderá esta voz, aumentativo de la palabra “novela” a la dimensión de la obra? ¿Es que se puede llamar “novelón” a un texto de 79 páginas? ¿Por qué la autora no subtituló su obra “novela corta”?

El baúl es una caja de resonancia en que confluyen, ideas, registros, geografías, tiempos históricos dispares y relacionados. Aunque zanjás y escenarios separen a los personajes, existe una interacción entre los distintos estratos sociales y culturas que actúan en la obra. El cañamazo novelesco de *El baúl* descubre un cuidadoso espacio narrativo plural y plurivocal. Si la primera parte de la obra está dominada por la voz de una narradora homodiegética, en la segunda, se nota una simultaneidad de voces, géneros y lenguajes. La variedad locutoria está más acentuada en la segunda parte de *El baúl* en que a una jerarquía social parece corresponder una jerarquía narrativa. Las intervenciones locutorias de Bela son menos frecuentes en la primera parte de la obra. Crece su papel narrativo en la segunda parte en que se expresa en primera persona como narradora, pero bajo el control de la narradora principal de la obra. Amores frustrados, relaciones sentimentales imposibles nos recuerdan intertextualidades que entroncan con obras románticas. Se puede opinar que *El baúl* está vertebrado con la savia nutricia de varias corrientes literarias cuyas referencias sustentan el sentido profundo de la obra. Se siente en *El baúl* la impronta de la literatura y cultura francesas si nos atenemos al lenguaje de los principales narradores de la obra. ¿Será dicha elección un trasunto del aporte de la cultura francesa a la construcción del movimiento romántico europeo y latinoamericano del siglo XIX? *El baúl* es una muestra de los lazos estrechos que existen entre historia, movimientos literarios, ideas y personajes. Le ha permitido a Ana Lydia Vega afirmar ideas y tomar distancias respecto a ciertas otras (las esclavistas) en un texto alusivo, de sentido abierto y finamente escrito.

Referencias

- Amela, Yao. «Quelques grands auteurs, Hugo, Nerval, Baudelaire, Rimbaud». *Images du Noir dans la Littérature Occidentale, Du Moyen Age à la conquête coloniale* 90, (1987).
- Canino Salgado, Marcelino. «La aportación de los negros a la religiosidad popular de Puerto Rico». *Revista Cayey* 83 (2007).
- De La Madrid, Antonio Gil. 1 de enero de 2002, Biblioteca General, Proyecto Sala Hogar. F:\ Ana Lydia Vega.htm
- Giovanetti, Jorge L. “El miedo negro en El Caribe y su impacto en Cuba en el siglo XIX (1791-1917)”, Ponencia Congreso de Estudios del Caribe (20-24 octubre de 2004).
- González, Lydia Milagros, Vega, Ana Lydia. *El machete de Ogún. Las luchas de los esclavos en Puerto Rico (siglo 19)*. Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP), 1990.
- Hoffmann, Léon-François. «Le Nègre romantique”, en *Images du Noir dans la littérature occidentale*.
- Lagarde, André. *Michard Laurent: XIX° siècle*. Paris : Bordas, 1969.
- Siefer, Léon-Fahnoud. *Le mythe du Nègre et de l’Afrique dans la littérature française : De 1800 à la 2° guerre mondiale*. Paris : Klincksieck, 1968.
- Vega, Ana Lydia. “El baúl de Miss Florence” en *Falsas Crónicas Del Sur*. Editorial Universidad de Puerto Rico, 2005.

Notas

¹ *El baúl de Miss Florence* es parte de *Falsas crónicas del sur*, Editorial Universidad de Puerto Rico, San Juan, 2005. Todas nuestras referencias vendrán de dicha edición. De aquí en adelante abreviaremos el título de la obra con *El baúl*.

² La escritora puertorriqueña Ana Lydia Vega vio la luz por vez primera en Santurce, el 6 de diciembre de 1946. Terminó su maestría en literatura francesa en la Universidad de Provençe en Francia en el 1971 y posteriormente completó su doctorado en literatura comparada en la misma universidad, en 1978. Es autora de textos como *Virgenes y mártires*, *Encancaranublado* y *otros cuentos de naufragio* (1982), en colaboración con Carmen Lugo Filippi, y *Pasión de historias y otras historias de pasiones* (1987).

³ En *Le Petit Robert Des Noms Propres*, Paris, 1997, se puede leer en la página 1,431:

Samuel Finley Breese, pintor y físico americano. Boston, 1791, NY 1872. Imaginó el teléfono eléctrico en 1832 pero no fue apreciado inmediatamente el interés de su invención. La primera demostración tuvo lugar en 1837 y la primera línea (Washington-Baltimore) se ensayó el 24 de mayo de 1844. Él concibió también un alfabeto convencional que lleva su nombre...

⁴ Los sectores dominantes de la sociedad puertorriqueña, con algunas excepciones, creían en el sistema de explotación del trabajo llamado esclavitud. Nos referimos a los hacendados, que cultivaban y producían el azúcar, a los comerciantes que lo compraban y lo vendían a norteamericanos y europeos y el gobierno español que cobraba impuestos sobre cada libra de azúcar que se vendía y transportaba en sus barcos. (El machete de Ogún, Las luchas de los esclavos en Puerto Rico (siglo 19), p.57.)

⁵ “El cuartel era un edificio grande, dividido en cuartitos, que parecía más bien una cárcel. (El machete de Ogún, op. cit. p.20.)

⁶ J. Zequeira (1894), hablando del cuadro *El Velorio* de Francisco Oller Cestero (terminado en octubre de 1893) dice: “No es éste el tipo de negro abyecto e idiota que sumido en las tinieblas de la ignorancia más absoluta abunda, por desgracia, todavía en los campos del país...” (*La aportación de los negros a la religiosidad popular de Puerto Rico*.)

⁷ Le mythe du nègre et de l’Afrique Noire dans la littérature française (de 1880 à 1 deuxième guerre mondiale).

⁸ “Fue en la región entre Ponce y Guayama donde se llevó a cabo el mayor número de conspiraciones. Las de 1826, 1833, 1835, 1836 y 1939 prepararon el camino para la gran conspiración de diciembre, 1841”. (*El machete de Ogún*, op cit. p.3.)

⁹ El colega Jorge L. Giovanetti, de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, tuvo la amabilidad de enviarnos las notas siguientes: “La esclavitud en Puerto Rico se abolió en 1873. A nivel de la isla completa, ya para 1850, no era una institución ya tan central como en Cuba. Aunque en lugares particulares, como Ponce y Guayama, la esclavitud era dominante totalmente. Es decir que la imagen nacional dice una cosa que no refleja la historia local”.

¹⁰ Se trata del poema *El Desdichado* que empieza así: «Je suis le ténébreux, -le veuf, -l’inconsolé, / Le prince d’Aquitaine à la tour abolie: / Mon étoile est morte, -et mon luth constellé / Porte le soleil noir de la Mélancolie.” (*Michard: XIX° siècle*, p. 274.)

¹¹ Dice *Le Petit Robert des Noms Propres*, en su página 1,862. “Ella reivindicaba para las mujeres los derechos de la pasión, fuerza sagrada justificada por su misma sinceridad... Ella asimilaba la búsqueda de la felicidad a una regeneración moral. ‘Queremos inaugurar y santificar el amor perdido y profanado en el mundo’, decía ella.”

¹² Cf. *Le Petit Robert des Noms Propres*, p.520. Se inspiraron su primeras obras de la temática romántica.

¹³ Cf. Dictionnaire des Noms propres, p.1,894: “Scoot. Sir Walter. Poeta y novelista británico (1771-1832).

Autor de *Ivanhoé* y *La Novia de Lamermoor...*”

¹⁴ Léon-François Hoffmann, en su artículo “Le nègre romantique”, p.34, nota: “En Santo Domingo, los esclavos, cansados de esperar la libertad se alzan y queman el Cabo francés en 1791. Toussaint Louverture pacifica el país. Pero Bonaparte, Primer Cónsul, restablece la trata y la esclavitud por decreto del 30 de floreal, año X”.

¹⁵ En su ponencia titulada *El ‘miedo negro’ en el Caribe y su impacto en Cuba en el largo siglo diecinueve (1891-1917)*, presentada en Goiania, a raíz del Congreso de Estudios del Caribe en octubre del 2004, el colega borinqueño Jorge L.Giovannetti escribe: “Las consecuencias de este miedo se manifestaban de forma evidente en las políticas raciales del gobierno colonial, cuando en 1807, desde España se le solicitaba al Gobernador de Cuba que ‘todo hombre de color quando (sic) llegue de Santo Domingo “debe ser” inmediatamente arrestado’. Personas de color ladino no serían admitidas en el territorio, y se debería tener ‘vigilancia’ y cuidado en ese distrito, leían las órdenes de la Superioridad Colonial (Marqués Somenuelos al Gobernador de Cuba, 28 de febrero de 1807; ANC, Asuntos Pol, Leg; 1421, n° 34.)”.